

Éste es el árbol de los libres.
El árbol tierra, el árbol nube.
El árbol pan, el árbol flecha,
el árbol puño, el árbol fuego.
Lo ahoga el agua tormentosa
de nuestra época nocturna,
pero su mástil balancea
el ruedo de su poderío.

Otras veces, de nuevo caen
las ramas rotas por la cólera,
y una ceniza amenazante
cubre su antigua majestad:
así pasó desde otros tiempos,
así salió de la agonía,
hasta que una mano secreta,
unos brazos innumerables,
el pueblo, guardó los fragmentos,
escondió troncos invariables,
y sus labios eran las hojas
del inmenso árbol repartido,
diseminado en todas partes,
caminando con sus raíces.
Éste es el árbol, el árbol
del pueblo, de todos los pueblos
de la libertad, de la lucha.

Asómate a su cabellera:
toca sus rayos renovados:
hunde la mano en las usinas
donde su fruto palpitante
propaga su luz cada día.
Levanta esta tierra en tus manos,
participa de este esplendor,
toma tu pan y tu manzana,
tu corazón y tu caballo
y monta guardia en la frontera,
en el límite de sus hojas.

Dejénde el jin de sus corolas,
comparte las noches hostiles,
vigila el ciclo de la aurora,
respira la altura estrellada,
sosteniendo el árbol, el árbol
que crece en medio de la tierra.

74

RLV
Mito ecuatoriano

CUAUHTE-
MOC
(1520)

JOVEN hermano hace ya tiempo y tiempo
nunca dormido, nunca consolado,
joven estremecido en las tinieblas
metálicas de México, en tu mano
recibo el don de tu patria desnuda.

En ella nace y crece tu sonrisa
como una línea entre la luz y el oro.

Son tus labios unidos por la muerte
el más puro silencio sepultado.

El manantial hundido
bajo todas las bocas de la tierra.

Oíste, oíste, acaso,
hacia Anáhuac lejano,
un rumbo de agua, un viento
de primavera destrozada?
Era tal vez la palabra del cedro.
Era una ola blanca de Acapulco.

Pero en la noche huía
tu corazón como un venado
hacia los límites, confuso,
entre los monumentos sanguinarios,
bajo la luna zozobante.

Toda la sombra preparaba sombra.
Era la tierra una oscura cocina,
piedra y caldera, vapor negro,
muro sin nombre, pesadumbre
que te llamaba desde los nocturnos
metales de tu patria.

Pero no hay sombra en tu estandarte.

75

Ha llegado la hora señalada,
y en medio de tu pueblo
eres pan y raíz, lanza y estrella.
El invasor ha detenido el paso.
No es Moctezuma extinto
como una copa muerta,
es el relámpago y su armadura,
la pluma de Quetzal, la flor del pueblo,
la cimera encendida entre las naves.

Pero una mano dura como siglos de piedra
apretó tu garganta. No cerraron
tu sonrisa, no hicieron
caer los granos del secreto
maíz, y te arrastraron,
vencedor cautivo,
por las distancias de tu reino,
entre cascadas y cadenas,
sobre arenales y aguijones
como una columna incesante,
como un testigo doloroso,
hasta que una sogá enredó
la columna de la pureza
y colgó el cuerpo suspendido
sobre la tierra desdichada.

II

FRAY
BARTOLOME
DE LAS
CASAS

PIENSA uno, al llegar a su casa, de noche, fatigado,
entre la niebla fría de mayo, a la salida
del sindicato (en la desmenuzada
lucha de cada día, la estación
lluviosa que gotea del alero, el sordo
latido del constante sufrimiento)
esta resurrección enmascarada,
astuta, envilecida,
del encadenador, de la cadena,
y cuando sube la congoja
hasta la cerradura a entrar contigo,
surge una luz antigua, suave y dura
como un metal, como un astro enterrado.
Padre Bartolomé, gracias por este
regalo de la cruda medianoche,

gracias porque tu hilo fue invencible:

pudo morir aplastado, comido
por el perro de fauces iracundas,
pudo quedar en la ceniza
de la casa incendiada,
pudo cortarlo el filo frío
del asesino innumerable
o el odio administrado con sonrisas
(la traición del próximo cruzado).
la mentira arrojada en la ventana.
Pudo morir el hilo cristalino,
la irreductible transparencia
convertida en acción, en combatiente
y despeñado acero de cascada.
Pocas vidas da el hombre como la tuya, pocas
sombras hay en el árbol como tu sombra, en ella
todas las ascuas vivas del continente acuden,
todas las arrasadas condiciones, la herida
del mutilado, las aldeas
exterminadas, todo bajo tu sombra
renace, desde el límite
de la agonía fundas la esperanza.
Padre, fue afortunado para el hombre y su especie
que tú llegaras a la plantación,
que mordieras los negros cereales
del crimen, que bebieras
cada día la copa de la cólera.
Quién te puso, mortal desnudo,
entre los dientes de la furia?
Cómo asomaron otros ojos,
de otro metal, cuando nacías?

Cómo se cruzan los fermentos
en la escondida harina humana
para que tu grano inmutable
se amasara en el pan del mundo?

Eras realidad entre fantasmas
encarnizados, eras
la eternidad de la ternura
sobre la ráfaga del castigo.
De combate en combate tu esperanza
se convirtió en precisas herramientas:
la solitaria lucha se hizo rama,
el llanto inútil se agrupó en partido.

No sirvió la piedad. Cuando mostrabas
tus columnas, tu nave amparadora,
tu mano para bendecir, tu manto,
el enemigo pisoteó las lágrimas
y quebrantó el color de la azucena.
No sirvió la piedra alta y vacía
como una catedral abandonada.
Fue tu invencible decisión, la activa
resistencia, el corazón armado.

Fue la razón tu material titánico.

Fue flor organizada tu estructura.

Desde arriba quisieron contemplarte
(desde su altura) los conquistadores,
apoyándose como sombras de piedra
sobre sus espadones, abrumando
con sus sarcásticos escupos
las tierras de tu iniciativa,
diciendo: "Ahí va el agitador",
mintiendo: "Lo pagaron
los extranjeros",
"No tiene patria", "Traiciona",
pero tu prédica no era
frágil minuto, peregrina
pauta, reloj del pasajero.
Tu madera era bosque combatido,
hierro en su cepa natural, oculto
a toda luz por la tierra florida,
y más aún, era más hondo:
en la unidad del tiempo, en el transcurso
de la vida, era tu mano adelantada
estrella zodiacal, signo del pueblo.
Hoy a esta casa, Padre, entra conmigo.
Te mostraré las cartas, el tormento
de mi pueblo, del hombre perseguido.
Te mostraré los antiguos dolores.

Y para no caer, para afirmarme
sobre la tierra, continuar luchando,
deja en mi corazón el vino errante
y el implacable pan de tu dulzura.

ESPAÑA entró hasta el Sur del Mundo. Agobiados
exploraron la nieve los altos españoles.
El Bio-Bío, grave río,
le dijo a España: "Deténte",
el bosque de maitenes cuyos hilos
verdes cuelgan como temblor de lluvia
dijo a España: "No sigas". El alerce,
titán de las fronteras silenciosas,
dijo en un trueno su palabra.
Pero hasta el fondo de la patria mía,
puño y puñal, el invasor llegaba.
Hacia el río Imperial, en cuya orilla
mi corazón amaneció en el trébol,
entraba el huracán en la mañana.
El ancho cauce de las garzas iba
desde las islas hacia el mar furioso,
lleno como una copa interminable,
entre las márgenes de cristal sombrío.
En sus orillas erizaba el polen
una alfombra de estambres turbulentos
y desde el mar el aire conmovía
todas las sílabas de la primavera.
El avellano de la Araucanía
enarbolaba hogueras y racimos
hacia donde la lluvia resbalaba
sobre la agrupación de la pureza.
Todo estaba enredado de fragancias,
empapado de luz verde y lluviosa
y cada matorral de olor amargo
era un ramo profundo del invierno
o una extraviada formación marina
aún llena de oceánico rocío.

De los barrancos se elevaban
torres de pájaros y plumas
y un ventarrón de soledad sonora,
mientras en la mojada intimidad,
entre las cabelleras encrespadas
del helecho gigante, era la topa-topa florecida
un rosario de besos amarillos.

Ya viene el tigre enarbolando un hacha.
Vienen a devorarte las entrañas.
Vienen a dividir la estrella.

Vienen,

pequeña América olorosa,
a clavarte en la cruz, a desollarte,
a tumbar el metal de tu bandera.

Alta es la noche y Morazán vigila.

Invasores llenaron tu morada.
Y te partieron como fruta muerta,
y otros sellaron sobre tus espaldas
los dientes de una estirpe sanguinaria,
y otros te saquearon en los puertos
cargando sangre sobre tus dolores.

Es hoy, ayer, mañana? Tú lo sabes.

Hermanos, amanece. (Y Morazán vigila.)

XXXII

VIAJE
POR LA
NOCHE DE
JUAREZ

JUÁREZ, si recogeríamos
la íntima estrata, la materia
de la profundidad, si cavando tocáramos
el profundo metal de las repúblicas,
esta unidad sería tu estructura,
tu impasible bondad, tu terca mano.
Quien mira tu levita,
tu parca ceremonia, tu silencio,
tu rostro hecho de tierra americana,
si no es de aquí, si no ha nacido en estas
llanuras, en la greda montañosa
de nuestras soledades, no comprende.
Te hablarán divisando una cantera.
Te pasarán como se pasa un río.
Darán la mano a un árbol, a un sarmiento,
a un sombrío camino de la tierra.

Para nosotros eres pan y piedra,
horno y producto de la estirpe oscura.

148 5

Tu rostro fue nacido en nuestro barro.
Tu majestad es mi región nevada,
tus ojos la enterrada alfarería.

Otros tendrán el átomo y la gota
de eléctrico fulgor, de brasa inquieta:
tú eres el muro hecho de nuestra sangre,
tu rectitud impenetrable
sale de nuestra dura geología.

No tienes nada que decir al aire,
al viento de oro que viene de lejos,
que lo diga la tierra ensimismada,
la cal, el mineral, la levadura.

Yo visité los muros de Querétaro,
toqué cada peñasco en la colina,
la lejanía, cicatriz y cráter,
los cactus de ramales espinosos:
nadie persiste allí, se fue el fantasma,
nadie quedó dormido en la dureza:
sólo existen la luz, los agujones
del matorral, y una presencia pura:
Juárez, tu paz de noche justiciera,
definitiva, férrea y estrellada.

XXXIII

EL
VIENTO
SOBRE
LINCOLN

A VECES el viento del Sur resbala
sobre la sepultura de Lincoln trayendo
voces y briznas de ciudades y árboles
nada pasa en su tumba las letras no se mueven
el mármol se suaviza con lentitud de siglos
el viejo caballero ya no vive
no existe el agujero de su antigua camisa
se han mezclado las fibras de tiempo y polvo humano
qué vida tan cumplida dice una temblorosa
señora de Virginia una escuela que canta
más de una escuela canta pensando en otras cosas
pero el viento del Sur la emanación de tierras
de caminos a veces se detiene en la tumba
su transparencia es un periódico moderno
vienen sordos rencores lamentos como aquéllos

119

lo fustigan y lo calumnian.
Dan la batalla, y han ganado.
Pero no basta: hay que torcer
la historia. Las buenas viñas
se "sacrifican" y el alcohol
llena la noche miserable.
Los elegantes jovencitos
marcan las puertas y una horda
asalta las casas, arroja
los pianos desde los balcones.
Aristocrático picnic
con cadáveres en la acequia
y champagne francés en el Club.

"You are very clever, Mr. North."

La Embajada argentina abrió
sus puertas al Presidente.

Esa tarde escribe con la misma
seguridad de mano fina,
la sombra entra en sus grandes ojos
como una oscura mariposa,
de profundidad fatigada.

Y la magnitud de su frente
sale del mundo solitario,
de la pequeña habitación,
ilumina la noche oscura.
Escribe su nítido nombre,
las letras de largo perfil
de su doctrina traicionada.

Tiene el revólver en su mano.

Mira a través de la ventana
un trozo postrero de patria,
pensando en todo el largo cuerpo
de Chile, oscurecido
como una página nocturna.
Viaja, y sin ver cruzan sus ojos,
como en los vidrios de un tren,
rápidos campos, caseríos,
torres, riberas anegadas,
pobreza, dolores, harapos.
Él soñó un sueño preciso,

quiso cambiar el desgarrado
paisaje, el cuerpo consumido
del pueblo, quiso defenderlo.

Es tarde ya, escucha disparos
aislados, los gritos vencedores,
el salvaje malón, los aullidos
de la "aristocracia", escucha
el último rumor, el gran silencio,
y entra con él, recostado, a la muerte.

XXXVI

A
WILLIANO
ZAPATA
Y MONICA
DE
SAN NACHO

C
UANDO arreciaron los dolores
en la tierra, y los espinares desolados
fueron la herencia de los campesinos,
y como antaño, las rapacés
barbas ceremoniales, y los látigos,
entonces, flor y fuego galopado...

*Borrachita me voy
hacia la capital*

se encabritó en el alba transitoria
la tierra sacudida de cuchillos,
el peón de sus amargas madrigueras
cayó como un elote desgranado
sobre la soledad vertiginosa.

*a pedirle al patrón
que me mandó llamar*

Zapata entonces fue tierra y aurora.
En todo el horizonte aparecía
la multitud de su semilla armada.
En un ataque de aguas y fronteras
el férreo manantial de Coahuila,
las estelares piedras de Sonora:
todo vino a su paso adelantado,
a su agraria tormenta de herraduras.

*que si se va del rancho
muy pronto volverá*

Reparte el pan, la tierra:

te acompaño.
Yo renuncio a mis párpados celestes.
Yo, Zapata, me voy con el rocío
de las caballerías matutinas,
en un disparo desde los nopales
hasta las casas de pared rosada.

*...cintitas pa tu pelo
no llores por tu Pancho...*

La luna duerme sobre las monturas.
La muerte amontonada y repartida
yace con los soldados de Zapata.
El sueño esconde bajo los baluartes
de la pesada noche su destino,
su incubadora sábana sombría.
La hoguera agrupa el aire desvelado:
grasa, sudor y pólvora nocturna.

*...Borrachita me voy
para olvidarte...*

Pedimos patria para el humillado.
Tu cuchillo divide el patrimonio
y tiros y corceles amedrentan
los castigos, la barba del verdugo.
La tierra se reparte con un rifle.
No esperes, campesino polvoriento,
después de tu sudor la luz completa
y el cielo parcelado en tus rodillas.
Levántate y galopa con Zapata.

*...Yo la quise traer
dijo que no...*

México, huraña agricultura, amada
tierra entre los oscuros repartida:
de las espadas del maíz salieron
al sol tus centuriones sudorosos.
De la nieve del Sur vengo a cantarte.
Déjame galopar en tu destino
y llenarme de pólvora y arados.

*...Que si habrá de llorar
pa qué volver...*

126 7

VII

SANDINO
(1926)

FUE CUANDO en tierra nuestra
se enterraron
las cruces, se gastaron
inválidas, profesionales.
Llegó el dólar de dientes agresivos
a morder territorio,
en la garganta pastoril de América.
Agarró Panamá con fauces duras,
hundió en la tierra fresca sus colmillos,
chapoteó en barro, whisky, sangre,
y juró un Presidente con levita:
"Sea con nosotros el soborno
de cada día."

Luego, llegó el acero,
y el canal dividió las residencias,
aquí los amos, allí la servidumbre.

Corrieron hacia Nicaragua.

Bajaron, vestidos de blanco,
tirando dólares y tiros.
Pero allí surgió un capitán
que dijo: "No, aquí no pones
tus concesiones, tu botella."
Le prometieron un retrato
de Presidente, con guantes,
banda terciada y zapatitos
de charol recién adquiridos.
Sandino se quitó las botas,
se hundió en los trémulos pantanos,
se terció la banda mojada
de la libertad en la selva,
y, tiro a tiro, respondió
a los "civilizadores."

La furia norteamericana
fue indecible: documentados
embajadores convencieron
al mundo que su amor era
Nicaragua, que alguna vez
el orden debía llegar
a sus entrañas soñolientas.

Sandino colgó a los intrusos.

127

o junto a la empapada rosa del alba fría,
o más bien
en medio de los trajes, tocando
el torbellino,
caed en tierra, que vuestro rostro reciba
este gran latido de agua secreta que circula.

Hermano, eres el río más largo de la tierra:
detrás del orbe suena tu voz grave de río,
y yo mojo las manos en tu pecho
fiel a un tesoro nunca interrumpido,
fiel a la transparencia de la lágrima augusta,
fiel a la eternidad agredida del hombre.

IV

A
SILVESTRE
REVUELTAS.
DE MÉXICO
EN SU
MUERTE
(ORATORIO
MENOR)

CUANDO un hombre como Silvestre Revueltas
vuelve definitivamente a la tierra,
hay un rumor, una ola
de voz y llanto que prepara y propaga su partida.
Las pequeñas raíces dicen a los cereales: "Murió
Silvestre",

y el trigo ondula su nombre en las laderas
y luego el pan lo sabe.
Todos los árboles de América ya lo saben
y también las flores heladas de nuestra región ártica.

Las gotas de agua lo transmiten,
los ríos indomables de la

Araucanía ya saben la noticia
De ventisquero a lago, de lago a planta,
de planta a fuego, de fuego a humo:
todo lo que arde, canta, florece, baila y revive,
todo lo permanente, alto y profundo de nuestra
América lo acogen:

pianos y pájaros, sueños y sonidos, la red palpitante
que une en el aire todos nuestros climas,
tiembla y traslada el coro funeral.

Silvestre ha muerto, Silvestre ha entrado en su música
total,
en su silencio sonoro.

Hijo de la tierra, niño de la tierra, desde hoy entras
en el tiempo.

122 8

Desde hoy tu nombre lleno de música volará cuando
se toque tu patria, como desde una campana,
con un sonido nunca oído, con el sonido de lo que
fuiste, hermano.

Tu corazón de catedral nos cubre en este instante,
como el firmamento
y tu canto grande y grandioso, tu ternura volcánica,
llena toda la altura como una estatua ardiendo.
Por qué has derramado la vida? Por qué
has vertido
en cada copa tu sangre? Por qué
has buscado
como un ángel ciego, golpeándose contra las puertas
oscuras?

Ah, pero de tu nombre sale música
y de tu música, como de un mercado,
salen coronas de laurel fragante
y manzanas de olor y simetría.

En este día solemne de despedida eres tú el despedido,
pero tú ya no oyes,
tu noble frente falta y es como si faltara
un gran árbol en medio de la casa del hombre.

Pero la luz que vemos es otra luz desde hoy,
la calle que doblamos es una nueva calle,
la mano que tocamos desde hoy tiene tu fuerza,
todas las cosas toman vigor en tu descanso
y tu pureza subirá desde las piedras
a mostrarnos la claridad de la esperanza.

Reposa, hermano, el día tuyo ha terminado,
con tu alma dulce y poderosa lo llenaste
de luz más alta que la luz del día
y de un sonido azul como la voz del cielo.
Tu hermano y tus amigos me han pedido
que repita tu nombre en el aire de América,
que lo conozca el toro de la pampa, y la nieve,
que lo arrebate el mar, que lo discuta el viento.

Ahora son las estrellas de América tu patria
y desde hoy tu casa sin puertas es la Tierra.

5 123

de la estrella? Quién, si anduvo
entre las multitudes a buscarme,
porque soy grano del granero humano,
no te encontró, apretada a mis raíces,
elevada en el canto de mi sangre?

No sé, mi amor, si tendré tiempo y sitio
de escribir otra vez tu sombra fina
extendida en mis páginas, esposa:
son duros estos días y radiantes,
y recogemos de ellos la dulzura
amasada con párpados y espinas.
Yo no sé recordar cuándo comienzas:
estabas antes del amor,

venías
con todas las esencias del destino,
y antes de ti, la soledad fue tuya,
fue tal vez tu dormida cabellera.
Hoy, copa de mi amor, te nombro apenas,
título de mis días, adorada,
y en el espacio ocupas como el día
toda la luz que tiene el universo.

XII

MÉXICO
(1940)

MÉXICO, de mar a mar te viví, traşpasado
por tu férreo-color, trepando montes
sobre los que aparecen monasterios
llenos de espinas,

el ruido venenoso
de la ciudad, los dientes solapados
del pululante poetiso, y sobre
las hojas de los muertos y las gradas
que construyó el silencio irreductible,
como muñones de un amor leproso,
el esplendor mojado de las ruinas.

Pero del acre campamento, huraño
sudor, lanzas de granos amarillos,
sube la agricultura colectiva
repartiendo los panes de la patria.

Otras veces calcáreas cordilleras

10

interrumpieron mi camino,
formas
de los ametrallados ventisqueros
que despedazan la corteza oscura
de la piel mexicana, y los caballos
que cruzan como el beso de la pólvora
bajo las patriarcales arboledas.

Aquellos que borraron bravamente
la frontera del predio y entregaron
la tierra conquistada por la sangre
entre los olvidados herederos,
también aquellos dedos dolorosos
anudados al sur de las raíces,
la minuciosa máscara tejieron,
poblaron de floral juguetería
y de fuego textil el territorio.

No supe qué amé más, si la excavada
antigüedad de rostros que guardaron
la intensidad de piedras implacables,
o la rosa reciente, construida
por una mano ayer ensangrentada.

Y así de tierra a tierra fui tocando
el barro americano, mi estatura,
y subió por mis venas el olvido
recostado en el tiempo, hasta que un día
estremeció mi boca su lenguaje.

XIII

EN LOS
MUROS DE
MÉXICO
(1943)

LOS PAÍSES se tienden junto a los ríos, buscan
el suave pecho, los labios del planeta,
tú, México, tocaste
los nidos de la espina,
la desértica altura del águila sangrienta,
la miel de la columna combatida.

Otros hombres buscaron el ruseñor, hallaron
el humo, el valle, regiones como la piel humana:
tú, México, enterraste las manos en la tierra,

11

tú creciste en la piedra de mirada salvaje.
Cuando llegó a tu boca la rosa de rocío
el látigo del cielo la convirtió en tormento.
Fue tu origen un viento de cuchillos
entre dos mares de irritada espuma.

Tus párpados se abrieron en la espesa amapola
de un día enfurecido
y la nieve extendía su espaciosa blancura
en donde el fuego vivo comenzaba a habitarte.
Conozco tu corona de nopales
y sé que bajo sus raíces
tu subterránea estatua, México, se construye
con las aguas secretas de la tierra
y los lingotes ciegos de las minas.

Oh, tierra, oh esplendor
de tu perpetua y dura geografía,
la derramada rosa del mar de California,
el rayo verde que Yucatán derrama,
el amarillo amor de Sinaloa,
los párpados rosados de Morelia,
y el largo hilo de henequén fragante
que amarra el corazón a tu estatura.

México agosto de rumor y espadas,
cuando la noche en la tierra era más grande,
repartiste la cuna del maíz a los hombres.
Levantaste la mano llena de polvo santo
y la pusiste en medio de tu pueblo
como una nueva estrella de pan y de fragancia.
El campesino entonces a la luz de la pólvora
miró su tierra desencadenada
brillar sobre los muertos germinales.

Canto a Morelos. Cuando caía
su fulgor taladrado,
una pequeña gota iba llamando
bajo la tierra hasta llenar la copa
de sangre, y de la copa un río
hasta llegar a toda la silenciosa orilla
de América, empapándola de misteriosa esencia.

Canto a Cuauhtémoc. Toco
su linaje de luna

y su fina sonrisa de dios martirizado.
Dónde estás, has perdido,
antiguo hermano, tu dureza dulce?
En qué te has convertido?
En dónde vive tu estación de fuego?
Vive en la piel de nuestra mano oscura,
vive en los cenicientos cereales:
cuando, después de la nocturna sombra
se desgranar las cepas de la aurora,
los ojos de Cuauhtémoc abren su luz remota
sobre la vida verde del follaje.

Canto a Cárdenas. Yo estuve;
yo viví la tormenta de Castilla.
Eran los días ciegos de las vidas.
Altos dolores como ramas crueles
herían nuestra madre acongojada.
Era el abandonado luto, los muros del silencio
cuando
se traicionaba, se asaltaba y hería
a esa patria del alba y del laurel.
Entonces
sólo la estrella roja de Rusia y la mirada
de Cárdenas brillaron en la noche del hombre.
General, Presidente de América, te dejo en este canto
algo del resplandor que recogí en España.

México, has abierto las puertas y las manos
al errante, al herido,
al desterrado, al héroe.
Siento que esto no pueda decirse en otra forma
y quiero que se peguen mis palabras
otra vez como besos en tus muros.
De par en par abriste tu puerta combatiente
y se llenó de extraños hijos tu cabellera
y tú tocaste con tus duras manos
las mejillas del hijo
que te parió con lágrimas la tormenta del mundo.
Aquí termino, México,
aquí te dejo esta caligrafía
sobre las sienas para que la edad
vaya borrando este nuevo discurso
de quien te amó por libre y por profundo.
Adiós te digo, pero no me voy.
Me voy, pero no puedo
decirte adiós.

dulce
de un
americano

12

(a penina)
antico (tormenta)

El gran
Adiós

13

Porque en mi vida, México, vives como una pequeña águila equivocada que circula en mis venas, y sólo al fin la muerte le doblará las alas sobre mi corazón de soldado dormido.

XIV

EL
REGRESO
(1944)
REGRESÉ... Chile me recibió con el rostro amarillo del desierto.

Peregriné sufriendo de árida luna en cráter arenoso y encontré los dominios eriales del planeta, la lisa luz sin pámpanos, la rectitud vacía. Vacía? Pero sin vegetales, sin garras, sin estiércol me reveló la tierra su dimensión desnuda y a lo lejos su larga línea fría en que nacen aves y pechos ígneos de suave contextura. Pero más lejos hombres cavaban las fronteras, recogían metales duros, diseminados unos como la harina de amargos cereales, otros como la altura calcinada del fuego, y hombres y luna, todo me envolvió en su mortaja hasta perder el hilo vacío de los sueños.

Me entregué a los desiertos y el hombre de la escoria salió de su agujero, de su aspereza muda y supe los dolores de mi pueblo perdido.

Entonces fui por calles y curules y dije cuanto vi, mostré las manos que tocaron los terrones ahítos de dolor, las viviendas de la desamparada pobreza, el miserable pan y la soledad de la luna olvidada.

Y codo a codo con mi hermano sin zapatos quise cambiar el reino de las monedas sucias.

Fui perseguido, pero nuestra lucha sigue.

La verdad es más alta que la luna.

La ven como si fueran en un navío negro los hombres de las minas cuando miran la noche.

198
14

Y en la sombra mi voz es repartida por la más dura estirpe de la tierra.

XV

LA LÍNEA
DE MA-
DERA

YO SOY un carpintero ciego, sin manos. He vivido bajo las aguas, consumiendo frío, sin construir las cajas fragantes, las moradas que cedro a cedro elevan la grandeza, pero mi canto fue buscando hilos del bosque, secretas fibras, ceras delicadas, y fue cortando ramas, perfumando la soledad con labios de madera.

Amé cada materia, cada gota de púrpura o metal, agua y espiga y entré en espesas capas resguardadas por espacio y arena temblorosa, hasta cantar con boca destruida, como un muerto, en las uvas de la tierra.

Arcilla, barro, vino me cubrieron, enloquecí tocando las caderas de la piel cuya flor fue sostenida como un incendio bajo mi garganta, y en la piedra pasearon mis sentidos invadiendo cerradas cicatrices.

Cómo cambié sin ser, desconociendo mi oficio antes de ser, la metalurgia que estaba destinada a mi dureza, o los aserraderos olfateados por las cabalgaduras en invierno?

Todo se hizo ternura y manantiales y no serví sino para nocturno.

La vida del hombre es oscura
como el carbón, noche andrajosa,
pan miserable, duro día.

Yo por el mundo anduve largo,
pero jamás por los caminos
o las ciudades, nunca vi
más maltratados a los hombres.
Doce duermen en una pieza.
Las habitaciones tienen
techos de restos sin nombre:
pedazos de hojalata, piedras,
cartones, papeles mojados.
Niños y perros, en el vapor
húmedo de la estación fría,
se agrupan hasta darse el fuego
de la pobre vida que un día
será otra vez hambre y tinieblas.

**LOS
TORMENTOS**

Una huelga más, los salarios
no alcanzan, las mujeres lloran
en las cocinas, los mineros
juntan una a una sus manos
y sus dolores.

Es la huelga
de los que bajo el mar excavaron,
tendidos en la cueva húmeda,
y extrajeron con sangre y fuerza
el terrón negro de las minas.
Esta vez vinieron soldados.
Rompieron sus casas, de noche.
Los condujeron a las minas
como a un presidio y saquearon
la pobre harina que guardaban,
el grano de arroz de los hijos.

Luego, golpeando las paredes,
los exilaron, los hundieron,
los acorralaron, marcándolos
como a bestias, y en los caminos,
en un éxodo de dolores,
los capitanes del carbón
vieron expulsados sus hijos,
atropelladas sus mujeres
y a centenares de mineros

trasladados y encarcelados,
a Patagonia, en el frío antártico,
o a los desiertos de Pisagua.

**EL
TRAIDOR**

Y encima de estas desventuras
un tirano que sonreía
escupiendo las esperanzas
de los mineros traicionados.

Cada pueblo con sus dolores,
cada lucha con sus tormentos,
pero venid aquí a decirme
si entre los sanguinarios,
entre todos los desmandados
déspotas, coronados de odio,
con cetros de látigos verdes,
alguno fue como el de Chile?
Este traicionó pisoteando
sus promesas y sus sonrisas,
éste del asco hizo su cetro,
éste bailó sobre los dolores
de su pobre pueblo escupido.

Y cuando en las prisiones llenas
por sus desleales decretos
se acumularon ojos negros
de agraviados y de ofendidos,
él bailaba en Viña del Mar,
rodeado de alhajas y copas.

Pero los negros ojos miran
a través de la noche negra.

*Tú qué hiciste? No vino tu palabra
para el hermano de las bajas minas,
para el dolor de los traicionados,
no vino a ti la sílaba de llamas
para clamar y defender tu pueblo?*

ACUSO

Acusé entonces al que había
estrangulado la esperanza,
llamé a los rincones de América
y puse su nombre en la cueva

de las deshonras.

Entonces crímenes
me reprocharon, la jauría
de los vendidos y alquilados:
los "secretarios de gobierno",
los policías, escribieron
con alquitrán su espeso insulto
contra mí, pero las paredes
miraban cuando los traidores
escribían con grandes letras
mi nombre, y la noche borraba,
con sus manos innumerables,
manos del pueblo y de la noche,
la ignominia que vanamente
quieren arrojar a mi canto.

Fueron de noche a quemar entonces
mi casa (el fuego marca ahora
el nombre de quien los enviara),
y los jueces se unieron todos
para condenarme, buscándome,
para crucificar mis palabras
y castigar estas verdades.

Cerraron las cordilleras
de Chile para que no partiera
a contar lo que aquí sucede,
y cuando México abrió sus puertas
para recibirme y guardarme,
Torres Bodet, pobre poeta,
ordenó que se me entregara
a los carceleros furiosos.

Pero mi palabra está viva,
y mi libre corazón acusa.

*Qué pasará, qué pasará? En la noche
de Pisagua, la cárcel, las cadenas,
el silencio, la patria envilecida,
y este mal año, año de ratas ciegas,
este mal año de ira y de rencores,
qué pasará, preguntas, me preguntas?*

EL PUEBLO VICTORIOSO
Está mi corazón en esta lucha.
Mi pueblo vencerá. Todos los pueblos
vencerán, uno a uno.

Estos dolores
se exprimarán como pañuelos hasta
estrujar tantas lágrimas vertidas
en socavones del desierto, en tumbas,
en escalones del martirio humano.
Pero está cerca el tiempo victorioso.
Que sirva el odio para que no tiemblen
las manos del castigo,

que la hora
llegue a su horario en el instante puro,
y el pueblo llene las calles vacías
con sus frescas y firmes dimensiones.

Aquí está mi ternura para entonces.
La conocéis. No tengo otra bandera.

V

GONZALEZ VIDELA
EL TRAIADOR
DE CHILE
(Epitogo)
1949
DE LAS antiguas cordilleras salieron los verdugos,
como huesos, como espinas americanas en el hirsuto
lomo

de una genealogía de catástrofes: establecidos fueron,
enquistados en la miseria de nuestras poblaciones.
Cada día la sangre manchó sus alamares.
Desde las cordilleras como bestias huesudas
fueron procreados por nuestra arcilla negra.
Aquéllos fueron los saurios tigres, los dinastas glaciales,
recién salidos de nuestras cavernas y de nuestras
derrotas.

Así desenterraron los maxilares de Gómez
bajo las carreteras manchadas por cincuenta años de
nuestra sangre.

La bestia oscurecía las tierras con sus costillas
cuando después de las ejecuciones se torcía el bigote
junto al Embajador Norteamericano que le servía el té.

Los monstruos envilecieron, pero no fueron viles.

Ahora
en el rincón que la luz reservó a la pureza,
en la nevada patria blanca de Araucanía,
un traidor sonríe sobre un trono podrido.

mi propia Patagonia:
perteneco a los ásperos conflictos,
de alguna inmensa estrella
que cayó derrotándome
y sólo soy una raíz herida
del torpe territorio:
me quemó la ciclónea nieve,
las astillas del hielo,
la insistencia del viento,
la crueldad clara, la noche pura y dura
como una espina.

Pido
a la tierra, al destino,
este silencio
que me pertenece.

SERENATA DE MÉXICO

DE Cuernavaca al mar México extiende
pinares, pueblos pardos, ríos rotos
entre la piedra antigua, eriales, hierbas
con ojos de amaranto, iguanas lentas,
techos de teja anaranjada, espinas,
socavones de mina abandonada,
serpientes ígneas, hombres polvorientos,
y el camino ondulando, atormentado
por la geología del infierno.

Oh corazón profundo, piedra y fuego,
estrella cercenada,
rosa enemiga,
pólvora en el viento!

Viví la alevosía
de la vieja crueldad,
toqué la rosa
perenne,
el rumor
de la abeja incesante:
cuanto el pequeño mexicano toca
con dedos o con alas,
hilo, plata, madera,
cuero, turquesa, barro,
se convierte en corola duradera,

cobra existencia y vuela crepitando.

Oh México, entre todas
las cumbres
o desiertos
o campiñas
de nuestro territorio desangrado
yo te separaría
por viviente,
por milenario sueño y por relámpago,
por subterráneo de todas las sombras
y por fulgor y amor nunca domados.

AIRE para mi pecho,
para las vanas
sílabas
del hombre,
del hombre que te canta:
así fue el peregrino
del sisal a la piedra, a los sombreros,
a los telares, a la agricultura,
y aquí tengo en mi sien la cicatriz
de amarte y conocerte
y cuando cierro de noche los ojos
oigo música pobre
de tu calle
y voy durmiendo como navegando
en la respiración de Sinaloa.

A mano levantaron
tu hirsuta geografía,
a manos de hombre oscuro,
a manos de soldado,

de labrador, de músico,
se templó tu estatura
y la greda y la piedra levantada
a la orilla nupcial
de los océanos
se pobló con espinas,
con ágaves
cuyo jade entreabrió por sus heridas
los ojos alcohólicos
del sueño y de la ira.

Así entre los breñales se juntaron
mariposas y huesos de difuntos,
amapolas y dioses olvidados.

Pero los dioses no olvidaban.

MADRE materia, germen,
tierra germinadora,
arcilla
tempestuosa
de la fecundación, lluvia encendida
sobre las tierras rojas,
en todas partes
resurgió la mano:
de la vieja ceniza del volcán
la oscura mano pura
renació
construyendo y construyendo.

Como tal vez antaño,
cuando legó de lejos
el invasor amargo

y el eclipse del frío
cubrió con su mortaja
el cuerpo de oro,
así el picapedrero
hizo su célula
de piedra y la substancia
del sol le dio la miel de cada día:
el alfarero derramó al mercado
el redondo racimo
de los cántaros
y entre las hebras verdes y amarillas
irisó el tejedor sus mariposas,
de tal manera que florecen páramos
con el honor de su mercadería.

Yo tu selva sonora
conozco, en los rincones
de Chiapas olorosa
puse mis pies australes,
lo recuerdo:
caía brusco
el gran crepúsculo de ceniza azul
y en lo alto no había
cielo ni claridad:
todo era hojas:
el corazón del mundo era un follaje.

Porque entre
tierra oscura y noche verde
no me sentí agobiado,
a pesar
del infortunio
y de la hora incierta,
no me sentí tal vez por vez primera

padre del llanto
o huésped
de la eterna agonía.

Y la tierra sonora y saturada
me enseñó de una vez a ser terrestre:
reconocí derrotas y dolores:
por vez primera me enseñó la arcilla
terrenal
que cantando
conquista el solitario la alegría.

Crepitaban ardiendo
y apagándose
los coros de la selva,
pájaros con voz de agua infinita,
roncos gritos de bestias sorprendidas,
o crecía en el orbe atormentado
un súbito silencio,
cuando de pronto estremeció la tierra
el temblor espacial de las cigarras.

Yo me quedé pasmado,
mínimo, atónito en la certidumbre
de que un motor celeste
removiera la noche y el sonido.

TEMBLABA el cielo con sus azucenas,
la sombra agazapó sus azabaches
y subía, subía
el frenesí delgado
de una ola,
la migración metálica

de un río
de campanas.
Allí, la espesa noche
preparaba sus ojos:
el mundo
se iba llenando de color oscuro:
las estrellas latían
y yo solo, asediado
por el violín de los aserraderos
nocturnos, la cantata
universal
de un pueblo
secreto
de cigarras.

Yo regresé a mi tierra, y acodado
a las ventanas duras del invierno
acecho la insistencia de las olas
del océano frío de Isla Negra:
se desploma el honor del mediodía
en la sal poderosa
y crecen los estuarios de la espuma
en el sinfín del tiempo y de su arena.

Yo veo que las aves
dirigidas
como naves hambrientas
van sobre el mar buscando el fuego azul:
las piedras calurosas:
pienso que la victoria de sus alas
tal vez las haga descender un día
en las costas

de México bravío,
las transporta la sed
del hemisferio,
las incita un camino misterioso.
Aquí las recomiendo.
Yo quiero que descendan
a las fosforescentes anilinas
del crepitante añil
y dispersen el ramo de su vuelo
sobre las californias mexicanas.

A las aves hambrientas,
emigrantes,
desgrana tu racimo generoso,
los peces de la luz, los huracanes
de tu salud sangrienta:

Oh, México, recibe
con las alas que volaron
desde el extremo Sur, donde termina,
en la blancura, el cuerpo
de la América oscura,
recibe el movimiento
de nuestra identidad que reconoce
su sangre, su maíz, su desamparo,
su estrella desmedida:
somos la misma planta
y no se tocan
sino nuestras raíces.

Entonces el espacio se hace grande, profundo y permanente. Estamos ya de pie sobre la tierra. Queremos entrar en la posesión infinita de cuanto existe. No buscamos el misterio, somos el misterio. Mi poesía comienza a ser parte material de un ambiente infinitamente espacial, de un ambiente a la vez submarino y subterráneo, a entrar por galerías de vegetación extraordinaria, a conversar a pleno día con fantasmas solares, a explorar la cavidad del mineral escondido en el secreto de la tierra, a determinar las relaciones olvidadas del otoño y del hombre. La atmósfera se oscurece y la aclaran a veces relámpagos recargados de fosforescencia y de terror; una nueva construcción lejos de las palabras más evidentes, más gastadas, aparece en la superficie del aire; un nuevo continente se levanta de la más secreta materia de mi poesía. En poblar estas tierras, en clasificar este reino, en tocar todas sus orillas misteriosas, en apaciguar su espuma, en recorrer su zoología y su geográfica longitud, he pasado años oscuros, solitarios y remotos.

MÉXICO FLORIDO Y ESPINUDO

MI GOBIERNO me mandaba a México. Lleno de esa pesadumbre mortal producida por tantos dolores y desorden, llegué en el año 1940 a respirar en la meseta de Anahuac lo que Alfonso Reyes ponderaba como la región más transparente del aire.

México, con su nopal y su serpiente; México florido y espinudo, seco y huracanado, violento de dibujo y de color, violento de erupción y creación, me cubrió con su sortilegio y su luz sorpresiva.

Lo recorrí por años enteros de mercado a mercado. Porque México está en los mercados. No está en las guturales canciones de las películas, ni en la falsa charrería de bigote y pistola. México es una tierra de pañolones color carmín y turquesa fosforescente. México es una tierra de vasijas y cántaros y de frutas partidas bajo un enjambre de insectos. México es un campo infinito de magüeyes de tinte azul acero y corona de espinas amarillas.

Todo esto lo dan los mercados más hermosos del mundo. La fruta y la lana, el barro y los telares, muestran el poderío asombroso de los dedos mexicanos fecundos y eternos.

Vagué por México, corrí por todas sus costas, sus altas costas acantiladas, incendiadas por un perpetuo relámpago fosfórico. Desde Topolobambo en Sinaloa, bajé por esos nombres hemisféricos, ásperos nombres que los dioses dejaron de herencia a México cuando en su territorio entraron a mandar los hombres, menos crueles que los dioses. Anduve por todas esas sílabas de misterio y esplendor, por esos sonidos aurorales. Sonora y Yucatán; Anahuac que se levanta como un brasero frío donde llegan todos los confusos aromas desde Nayarit hasta Michoacán, desde donde

17 MERCADO
A
MERCADO

VAGUÉ
POR MEX-
ICO

se percibe el humo de la pequeña isla de Janitzio, y el olor de maíz maguay que sube por Jalisco, y el azufre del nuevo volcán de Paricutín juntándose a la humedad fragante de los pescados del lago de Pátzcuaro. México, el último de los países mágicos; mágico de antigüedad y de historia, mágico de música y de geografía. Haciendo mi camino de vagabundo por esas piedras azotadas por la sangre perenne, entrecruzadas por un ancho hilo de sangre y de musgo, me sentí inmenso y antiguo, digno de andar entre tantas creaciones inmemoriales. Valles abruptos atajados por inmensas paredes de roca; de cuando en cuando colinas elevadas recortadas al ras como por un cuchillo; inmensas selvas tropicales, fervientes de madera y de serpientes, de pájaros y de leyendas. En aquel vasto territorio habitado hasta sus últimos confines por la lucha del hombre en el tiempo, en sus grandes espacios encontré que éramos, Chile y México, los países antípodas de América. Nunca me ha conmovido la convencional frase diplomática que hace que el embajador del Japón encuentre en los cerezos de Chile, como el inglés en nuestra niebla de la costa, como el argentino o el alemán en nuestra nieve circundante, encuentren que somos parecidos, muy parecidos a todos los países. Me complace la diversidad terrenal, la fruta terrestre diferenciada en todas las latitudes. No resto nada a México, el país amado, poniéndolo en lo más lejano a nuestro país oceánico y cereal, sino que elevo sus diferencias, para que nuestra América ostente todas sus capas, sus alturas y sus profundidades. Y no hay en América, ni tal vez en el planeta, país de mayor profundidad humana que México y sus hombres. A través de sus aciertos luminosos, como a través de sus errores gigantescos, se ve la misma cadena de grandiosa generosidad, de vitalidad profunda, de inagotable historia, de germinación inacabable.

Por los pueblos pescadores, donde la red se hace tan diáfana que parece una gran mariposa que volviera a las aguas

para adquirir las escamas de plata que le faltan; por sus centros mineros en que, apenas salido, el metal se convierte de duro lingote en geometría esplendorosa; por las rutas de donde surgen los conventos católicos espesos y espinosos como cactus colosales; por los mercados donde la legumbre es presentada como una flor y donde la riqueza de colores y sabores llega al paroxismo; nos desviamos un día hasta que, atravesando México, llegamos a Yucatán, cuna sumergida de la más vieja raza del mundo, el idolátrico Mayab. Allí la tierra está sacudida por la historia y la simiente. Junto a la fibra del henequén crecen aún las ruinas llenas de inteligencia y de sacrificios.

Quando se cruzan los últimos caminos llegamos al inmenso territorio donde aquellos antiguos mexicanos dejaron su bordada historia escondida entre la selva. Allí encontramos una nueva especie de agua, la más misteriosa de todas las aguas terrestres. No es el mar, ni es el arroyo, ni el río, ni nada de las aguas conocidas. En Yucatán no hay agua sino bajo la tierra, y ésta se resquebraja de pronto, produciendo unos pozos enormes y salvajes, cuyas laderas llenas de vegetación tropical dejan ver en el fondo un agua profundísima verde y cenital. Los mayas encontraron estas aberturas terrestres llamadas cenotes y las divinizaron con sus extraños ritos. Como en todas las religiones, en un principio consagraron la necesidad y la fecundidad, y en aquella tierra la aridez fue vencida por esas aguas escondidas, para las cuales la tierra se desgajaba.

Entonces, sobre los cenotes sagrados, por miles de años las religiones primitivas e invasoras aumentaron el misterio del agua misteriosa. En las orillas del cenote, cientos de vírgenes condecoradas por la flora y por el oro, después de ceremonias nupciales, fueron cargadas de alhajas y precipitadas desde la altura a las aguas corrientes e insondables. Desde la profundidad subían hasta la superficie las flores y las coronas de las vírgenes, pero ellas queda-

YUCATÁN

CENOTES

ban en el fango del suelo remoto, sujetas por sus cadenas de oro.

Las joyas han sido rescatadas en una mínima parte después de miles de años y están bajo las vitrinas de los museos de México y Norteamérica. Pero yo, al entrar en esas soledades, no busqué el oro sino el grito de las doncellas ahogadas. Me parecía oír en los extraños graznidos de los pájaros la ronca agonía de las vírgenes; y en el veloz vuelo con que cruzaban la tenebrosa magnitud del agua inmemorial, adivinaba las manos amarillas de las jóvenes muertas.

LA PALOMA
Sobre la estatua que alargaba su mano de piedra clara sobre el agua y el aire eternos, vi una vez posarse una paloma. No sé qué águila la perseguiría. Nada tenía que ver en aquel recinto en que las únicas aves, el atajacaminos de voz tartamuda, el quetzal de plumaje fabuloso, el colibrí de turquesa y las aves de rapiña, conquistaban la selva para su carnicería y su esplendor. La paloma se posó en la mano de la estatua, blanca como una gota de nieve sobre las piedras tropicales. La miré porque venía de otro mundo, de un mundo medido y armónico, de una columna pitagórica o de un número mediterráneo. Se detuvo en el margen de las tinieblas, acató mi silencio cuando yo mismo ya pertenecía a ese mundo original, americano, sangriento y antiguo, y voló frente a mis ojos hasta perderse en el cielo.

LOS PINTORES MEXICANOS

LA VIDA INTELECTUAL DE MÉXICO estaba dominada por la pintura.

Estos pintores de México cubrían la ciudad con historia y geografía, con incursiones civiles, con polémicas ferruginosas. En cierta cima excelsa estaba situado José Clemente Orozco, titán manco y esmirriado, especie de Goya de su fan-

tas magórica patria. Muchas veces conversé con él. Su persona parecía carecer de la violencia que tuvo su obra. Tenía una suavidad de alfarero que ha perdido la mano en el torno y que con la mano restante se siente obligado a continuar creando universos. Sus soldados y soldaderas, sus campesinos fusilados por mayores, sus sarcófagos con terribles crucificados, son lo más inmortal de nuestra pintura americana y quedarán como la revelación de nuestra crueldad.

Diego Rivera había ya trabajado tanto por esos años y se había peleado tanto con todos, que ya el pintor gigante pertenecía a la fábula. Al mirarlo, me parecía extraño no descubrirle colas con escamas, o patas con pezuña.

Siempre fue invencionero Diego Rivera. Antes de la primera guerra mundial había publicado Ilya Ehreburg, en París, un libro sobre sus hazañas y mixtificaciones: *Vida y andanzas de Julio Jurenito*.

Treinta años después, Diego Rivera seguía siendo gran maestro de la pintura y de la fabulación. Aconsejaba comer carne humana como dieta higiénica y de grandes gourmets. Daba recetas para cocinar gente de todas las edades. Otras veces se empeñaba en teorizar sobre el amor lesbiano sosteniendo que esta relación era la única normal, según lo probaban los vestigios históricos más remotos encontrados en excavaciones que él mismo había dirigido.

A veces me conversaba por horas moviendo sus capotudos ojos indios y me daba a conocer su origen judío. Otras veces, olvidando la conversación anterior, me juraba que él era el padre del general Rommel, pero que esta confidencia debía quedar muy en secreto porque su revelación podría tener serias consecuencias internacionales.

Su tono de persuasión extraordinario y su calmosa manera de dar los detalles más ínfimos e inesperados de sus mentiras, hacían de él un charlatán maravilloso, cuyo encanto nadie que lo conoció puede olvidar jamás.

Orozco

DIEGO
RIVERA

SIQUEIROS

David Alfaro Siqueiros estaba entonces en la cárcel. Alguien lo había embarcado en una incursión armada a la casa de Trotski. Lo conocí en la prisión, pero, en verdad, también fuera de ella, porque salíamos con el comandante Pérez Rulfo, jefe de la cárcel, y nos íbamos a tomar unas copas por allí, en donde no se nos viera demasiado. Ya tarde, en la noche, volvíamos y yo despedía con un abrazo a David que quedaba detrás de sus rejas.

En uno de esos regresos de Siqueiros de la calle a la cárcel, conocí a su hermano, una extrañísima persona llamada Jesús Siqueiros. La palabra solapado, pero en el buen sentido, es la que se aproxima a describirlo. Se deslizaba por las paredes sin hacer ruido ni movimiento alguno. De repente lo advertías detrás de ti o a tu lado. Hablaba muy pocas veces y, cuando lo hacía, era apenas un murmullo. Lo que no era obstáculo para que en un pequeño maletín que llevaba consigo, también silenciosamente, transportara cuarenta o cincuenta pistolas. Una vez me tocó abrir, distraídamente, el maletín, y descubrí con estupor aquel arsenal de cachas negras, nacaradas y plateadas.

Todo para nada, porque Jesús Siqueiros era tan pacífico como lo era turbulento su hermano David. Tenía también Jesús dotes de gran artista o actor, una especie de mimo. Sin mover el cuerpo ni las manos, sin emitir un solo sonido, dejando actuar sólo su rostro que cambiaba de líneas a voluntad, expresaba a lo vivo, como máscaras sucesivas, el terror, la angustia, la alegría, la ternura. Aquel pálido rostro de fantasma lo acompañaba por entre su laberinto vital de donde emergía, de cuando en cuando, cargado de pistolas que nunca utilizó.

Estos volcánicos pintores mantenían a raya la atención pública. A veces sostenían tremendas polémicas. En una de ellas, agotados los argumentos, Diego Rivera y Siqueiros sacaron grandes pistolas y dispararon casi al mismo tiempo, pero contra las alas de los ángeles de yeso del te-

cho del teatro. Cuando las pesadas plumas de yeso comenzaron a caer sobre las cabezas de los espectadores, éstos fueron abandonando el teatro y aquella discusión terminó con un fuerte olor a pólvora y una sala vacía.

Rufino Tamayo no vivía por entonces en México. Desde Nueva York se difundieron sus pinturas, complejas y ardientes, tan representativas de México, como las frutas o los tejidos de los mercados.

No hay paralelo entre la pintura de Diego Rivera y la de David Alfaro Siqueiros. Diego es un clásico lineal; con esa línea infinitamente ondulante, especie de caligrafía histórica, fue atando la historia de México y dándole relieve a hechos, costumbres y tragedias. Siqueiros es la explosión de un temperamento volcánico que combina asombrosa técnica y largas investigaciones.

Entre salidas clandestinas de la cárcel y conversaciones sobre cuanto existe, tramamos Siqueiros y yo su liberación definitiva. Provisto de una visa que yo mismo estampé en su pasaporte, se dirigió a Chile con su mujer, Angélica Arenales.

México había construido una escuela en la ciudad de Chillán, que había sido destruida por los terremotos, y en esa «Escuela México». Siqueiros pintó uno de sus murales extraordinarios. El gobierno de Chile me pagó este servicio a la cultura nacional, suspendiéndome de mis funciones de cónsul por dos meses.

Tamayo

Escuela México

NAPOLEÓN UBICO

Decidí visitar Guatemala. Hacia allá me encaminé en automóvil. Pasamos por el istmo de Tehuantepec, región dorada de México, con mujeres vestidas como mariposas y un olor a miel y azúcar en el aire. Luego entramos en la gran selva de Chiapas. De noche deteníamos el vehículo asustados por

los ruidos, por la telegrafía de la selva. Millares de cigarras emitían un ruido violento, planetario, que parecía increíble. El misterioso México extendía su sombra verde sobre antiguas construcciones, sobre remotas pinturas, joyas y monumentos, cabezas colosales, animales de piedra. Todo esto yacía en la selva, en la millonaria existencia de lo inaudito mexicano. Pasada la frontera, en lo alto de la América Central, el estrecho camino de Guatemala me deslumbró con sus lianas y follajes gigantescos; y luego con sus plácidos lagos en la altura como ojos olvidados por dioses extravagantes; y por último con pinares y anchos ríos primordiales en que asomaban como seres humanos, fuera del agua, rebaños de sirénidos y lamantinos.

Pasé una semana conviviendo con Miguel Ángel Asturias, que aún no se había revelado con sus novelas victoriosas. Comprendimos que habíamos nacido hermanos y casi ningún día nos separamos. En la noche planeábamos visitas inesperadas a lejanos parajes de sierras envueltas por la niebla o a puertos tropicales de la United Fruit.

Los guatemaltecos no tenían derecho a hablar y ninguno de ellos conversaba de política delante de otro. Las paredes oían y delataban. En algunas ocasiones deteníamos el carro en lo alto de una meseta y allí, bien seguros de que no había nadie detrás de un árbol, tratábamos ávidamente de la situación.

El caudillo se llamaba Ubico y gobernaba desde hacía muchísimos años. Era un hombre corpulento, de mirada fría, consecuentemente cruel. Él dictaba la ley y nada se movía en Guatemala sin que él expresamente lo dispusiera. Conocí a uno de sus secretarios, ahora amigo mío, revolucionario. Por haberle discutido algo, un pequeño detalle, lo hizo amarrar allí mismo, a una columna del despacho presidencial y lo azotó sin piedad.

Los poetas jóvenes me pidieron un recital de mi poesía. Enviaron un telegrama a Ubico solicitando el permiso. Todos

mis amigos y jóvenes estudiantes llenaban el local. Leí con gusto mis poemas porque me parecía que entreabrían la ventana de aquella prisión tan vasta. El jefe de policía se sentó conspicuamente en primera fila. Luego supe que cuatro ametralladoras se habían emplazado hacia mí y hacia el público y que éstas funcionarían cuando el jefe de policía abandonara ostensiblemente su butaca e interrumpiera el recital.

Pero no pasó nada, pues el tipo se quedó hasta el fin oyendo mis versos.

Luego quisieron presentarme al dictador, hombre inflamado por locura napoleónica. Se dejaba un mechón sobre la frente, retratándose con frecuencia en la pose de Bonaparte. Me dijeron que era peligroso rechazar tal sugerencia, pero yo preferí no darle la mano y regresé rápidamente a México.

ANTOLOGÍA DE PISTOLAS

EL MÉXICO DE AQUEL TIEMPO era más pistolista que pistolero. Había un culto al revólver, un fetichismo de la «cuarenta y cinco». Los pistolones salían a relucir constantemente. Los candidatos a parlamentarios y los periódicos iniciaban campañas de «despistolización», pero luego comprendían que era más fácil extraerle un diente a un mexicano que su queridísima arma de fuego.

Una vez me festejaron los poetas con un paseo en una barca florida. En el lago de Xochimilco se juntaron quince o veinte bardos que me hicieron navegar entre las aguas y las flores, por los canales y vericuetos de aquel estero destinado a paseos florales desde el tiempo de los aztecas. La embarcación va decorada con flores por todos lados, rebosante de figuras y colores espléndidos. Las manos de los mexicanos, como las de los chinos, son incapaces de crear nada feo, ya en piedra, en plata, en barro o en claveles.

CULTO
AL REVÓLVER

LAS MANOS
DE LOS
MEXICANOS

LAS PISTOLAS
DE LOS
POETAS ✓

Lo cierto es que uno de aquellos poetas se empeñó durante la travesía, después de numerosos tequilas y para rendirme deferente homenaje, en que yo disparara al cielo con su bella pistola que en la empuñadura ostentaba signos de plata y oro. En seguida el colega más cercano extrajo rápidamente la suya de una cartuchera y, llevado por el entusiasmo, dio un manotazo a la del primer oferente y me invitó a que yo hiciera los disparos con el arma de su propiedad. Al alboroto acudieron los demás rapsodas, cada uno desenfundó con decisión su pistola, y todos las enarbolaron alrededor de mi cabeza para que yo eligiera la suya y no la de los otros. Aquel palio movedizo de pistolas que se me cruzaban frente a la nariz o me pasaban bajo los sobacos, se tornaba cada vez más amenazante, hasta que se me ocurrió tomar un gran sombrero típico y recogerlas todas en su seno, tras pedírselas al batallón de poetas en nombre de la poesía y de la paz. Todos obedecieron y de ese modo logré confiscarles las armas por varios días, guardándoselas en mi casa. Pienso que he sido el único poeta en cuyo honor se ha compuesto una antología de pistolas.

POR QUÉ NERUDA

LA SAL DEL MUNDO se había reunido en México. Escritores exilados de todos los países habían acampado bajo la libertad mexicana, en tanto la guerra se prolongaba en Europa, con victoria tras victoria de las fuerzas de Hitler que ya habían ocupado Francia e Italia. Allí estaban Anna Seghers y el hoy desaparecido humorista checo Egon Erwin Kish, entre otros. Este Kish dejó algunos libros fascinantes y yo admiraba mucho su gran ingenio, su infantil entremetimiento y sus conocimientos de prestidigitación. Apenas entraba a mi casa se sacaba un huevo de una oreja, o se iba tragando por cuotas hasta siete monedas que bastante falta le hacían

LA SAL
DEL MUNDO

al pobre gran escritor desterrado. Ya nos habíamos conocido en España y como él manifestaba la insistente curiosidad de saber por qué motivo me llamaba yo Neruda sin haber nacido con ese apellido, yo le decía en broma:

—Gran Kish, tú fuiste el descubridor del misterio del coronel Redl —famoso caso de espionaje acaecido en Austria en 1914—, pero nunca aclararás el misterio de mi nombre Neruda.

Y así fue. Moriría en Praga, en medio de todos los honores que alcanzó a darle su patria liberada, pero nunca lograría investigar aquel intruso profesional por qué Neruda se llamaba Neruda.

La respuesta era demasiado simple y tan falta de maravilla que me la callaba cuidadosamente. Cuando yo tenía 14 años de edad, mi padre perseguía denodadamente mi actividad literaria. No estaba de acuerdo con tener un hijo poeta. Para encubrir la publicación de mis primeros versos me busqué un apellido que lo despistara totalmente. Encontré en una revista ese nombre checo, sin saber siquiera que se trataba de un gran escritor, venerado por todo un pueblo, autor de muy hermosas baladas y romances y con monumento erigido en el barrio Mala Strana de Praga. Apenas llegado de Checoslovaquia, muchos años después, puse una flor a los pies de su estatua barbuda.

LA VÍSPERA DE PEARL HARBOUR

LLEGABAN a mi casa los españoles Wenceslao Roces, de Salamanca, y Constancia de la Mora, republicana, pariente del duque de Maura, cuyo libro *In place of splendor* fue un *bestseller* en Norteamérica, y León Felipe, Juan Rejano, Moreno Villa, Herrera Petere, poetas, Miguel Prieto, Rodríguez Luna, pintores, todos españoles. Los italianos Vittorio Vidale, famoso por haber sido el comandante Carlos del 5.º

Regimiento, y Mario Montagnana, desterrados italianos, llenos de recuerdos, de asombrosas historias y de cultura siempre en movimiento. Por ahí andaba también Jacques Soustelle y Gilbert Medioni. Éstos eran los jefes gaullistas, representantes de Francia Libre. Además pululaban los exilados voluntarios o forzosos de Centroamérica, guatemaltecos, salvadoreños, hondureños. Todo esto llenaba a México de un interés multinacional y a veces mi casa, vieja quinta del barrio de San Ángel, latía como si allí estuviera el corazón del mundo.

Con este Soustelle, que entonces era socialista de izquierda y que años más tarde daría tanto que hacer al presidente De Gaulle, como jefe político de los golpistas de Argelia, me sucedió algo que debo relatar:

Había avanzado el año de 1941. Los nazis sitiaban a Leningrado y se adentraban en territorio soviético. Los zorros militaristas japoneses comprometidos en el eje Berlín-Roma-Tokio, corrían el peligro de que Alemania ganara la guerra y se quedaran ellos sin su parte en el botín. Diversos rumores circulaban por el mundo. Se señalaba la hora cero en que el inmenso poder japonés se desataría en Extremo Oriente. Mientras tanto, una misión de paz japonesa hacía zalemas en Washington al gobierno norteamericano. No cabía duda de que los japoneses atacarían de pronto y por sorpresa, ya que la «guerra relámpago» era la moda sangrienta de la época.

Debo contar, para que mi historia se comprenda, que una vieja línea nipona de vapores unía al Japón con Chile. Yo viajé más de una vez en esos barcos y los conocía muy bien. Se detenían en nuestros puertos y sus capitanes se dedicaban a comprar hierro viejo y a tomar fotografías. Tocaban todo el litoral chileno, peruano y ecuatoriano y seguían hasta el puerto mexicano de Manzanillo, desde donde enfilaban la proa hacia Yokohama atravesando el Pacífico.

Pues bien, un día, siendo yo aún cónsul general de Chile

en México, recibí la visita de siete japoneses que pedían apresuradamente una visa para Chile. Venían del litoral norteamericano, de San Francisco, de Los Ángeles, y de otros puertos. Sus rostros denotaban cierta inquietud. Estaban bien vestidos y documentados, tenían traza de ingenieros o industriales ejecutivos.

Les pregunté, naturalmente, por qué querían partir a Chile en el primer avión, ya que venían recién llegando. Me respondieron que deseaban tomar un barco japonés en el puerto chileno de Tocopilla, puerto salitrero del norte de Chile. Les respondí que para tal cosa no necesitaban viajar a Chile, en el otro extremo del continente, puesto que esos mismos barcos japoneses tocaban en el puerto mexicano de Manzanillo, a donde podían dirigirse a pie si querían y llegarían a tiempo.

Se miraron y sonrieron confusos. Hablaron entre sí, en su idioma. Se consultaron con el secretario de la embajada japonesa, que los acompañaba

Éste resolvió ser franco conmigo y me dijo:

—Mire, colega, sucede que este barco ha cambiado su itinerario y no tocará más en Manzanillo. Es, pues, en el puerto chileno donde lo deben tomar estos distinguidos especialistas.

Rápidamente pasó por mi cabeza la visión confusa de hallarme ante algo muy importante. Les pedí sus pasaportes, sus fotografías, sus datos de trabajo en los Estados Unidos, etc., y en seguida les dije que volvieran al día siguiente.

No estuvieron de acuerdo. La visación la necesitaban de inmediato y pagarían cualquier precio por ella.

Como lo que yo procuraba era ganar tiempo, les manifesté que no estaba en mis atribuciones otorgar visas en forma instantánea y que hablaríamos al día siguiente.

Me quedé solo.

Poco a poco se fue recomponiendo en mi cabeza el enigma. Por qué la escapatoria precipitada desde Norteamé-

rica y la extrema urgencia de la visación? Y el barco japonés, por primera vez en 30 años desviaba su ruta? Qué quería decir esto?

En mi cabeza se hizo la luz. Se trataba de un grupo importante y bien informado, con toda seguridad del espionaje japonés, que escapaba de Estados Unidos, ante la inminencia de algo grave por suceder. Y esto no podía ser otra cosa que la participación de Japón en la guerra. Los japoneses de mi historia estaban en el secreto.

La conclusión a que llegué me produjo un nerviosismo extremo. Qué podía hacer?

De los representantes de las naciones aliadas en México no conocía ni a ingleses ni a norteamericanos. Sólo estaba en relación directa con aquellos que habían sido acreditados oficialmente como delegados del general De Gaulle y con acceso al gobierno mexicano.

Me comuniqué con ellos rápidamente. Les expliqué la situación. Teníamos en la mano los nombres y los datos de estos japoneses. Si los franceses se decidían a intervenir, quedarían atrapados. Argumenté entusiasmado y luego impaciente ante la impasibilidad de los representantes gaulistas.

—Jóvenes diplomáticos —les dije—. Llénense de gloria y descubran el secreto de estos agentes nipones. Por mi parte, no les daré la visa. Pero ustedes deben tomar una resolución inmediata.

Este tira y afloja duró dos días más. Soustelle no se interesó en el asunto. No quisieron hacer nada. Y yo, simple cónsul chileno, no podía ir más allá. Ante mi negativa a concederles la visa, los japoneses se proveyeron rápidamente de pasaportes diplomáticos, acudieron a la embajada de Chile, y llegaron a tiempo para embarcarse en Tocopilla.

Una semana después el mundo despertaba con el anuncio del bombardeo de Pearl Harbour.

YO, EL MALACÓLOGO

SE PUBLICÓ en un diario de Chile, hace años, que cuando mi buen amigo el célebre profesor Julian Huxley llegó a Santiago, en el aeropuerto, preguntó por mí:

—El poeta Neruda? —le respondieron los periodistas.

—No. No conozco a ningún poeta Neruda. Quiero hablar con el malacólogo Neruda.

Esta palabra griega, malacólogo, significa especialista en moluscos.

Me dio gran placer esta historietita destinada a molestar, y que no podía ser verdadera porque nos conocíamos con Huxley desde hacía años y, por cierto, que es un tipo chispeante y mucho más vivo y auténtico que su famoso hermano Aldous.

En México me fui por las playas, me sumergí en las aguas transparentes y cálidas, y recogí maravillosas conchas marinas. Luego en Cuba y en otros sitios, así como por intercambio y compra, regalo y robo (no hay coleccionista honrado), mi tesoro marino se fue acrecentando hasta llenar habitaciones y habitaciones de mi casa.

Tuve las especies más raras de los mares de China y Filipinas, del Japón y del Báltico; caracoles antárticos y polímitas cubanas; o caracoles pintores vestidos de rojo y azafrán, azul y morado, como bailarinas del Caribe. A decir verdad, las pocas especies que me faltaron fue un caracol de tierra del Mato Grosso brasileño, que vi una vez y no pude comprar, ni viajar a la selva para recogerlo. Era totalmente verde, con una belleza de esmeralda joven.

Exageré este caracolismo hasta visitar mares remotos. Mis amigos también comenzaron a buscar conchas marinas, a encaracolarse.

En cuanto a los que me pertenecían, cuando ya pasaron de quince mil, empezaron a ocupar todas las estanterías y a

caerse de las mesas y de las sillas. Los libros de caracología o malacología, como se les llame, llenaron mi biblioteca. Un día lo agarré todo y en inmensos cajones los llevé a la universidad de Chile, haciendo así mi primera donación al Alma Mater. Ya era una colección famosa. Como buena institución sudamericana, mi universidad los recibió con loores y discursos y los sepultó en un sótano. Nunca más se han visto.

«ARAUCANÍA»

MIENTRAS ESTUVE LEJOS, destacado en las islas del lejano archipiélago, susurraba el mar y el silencioso mundo estaba lleno de cosas que hablaban a mi soledad. Pero las guerras frías y calientes mancharon el servicio consular y fueron haciendo de cada cónsul un autómatas sin personalidad, que nada puede decidir y cuya labor se aproxima sospechosamente a la de la policía.

El ministerio me imponía que averiguara los orígenes raciales de las gentes, africanos, asiáticos o israelitas. Ninguno de estos grupos humanos podía entrar en mi patria.

La tontería alcanzaba a grados tan extremos que yo mismo fui víctima de ella cuando fundé, sin ninguna plata del fisco chileno, una revista primorosa. La titulé Araucanía y puse en la portada el retrato de una bella araucana, riéndose con todos sus dientes. Esto bastó para que el Ministerio de Relaciones de entonces me llamara severamente la atención por lo que estimaba un desacato. Y eso que el presidente de la república era don Pedro Aguirre Cerda, en cuyo simpático y noble rostro se veían todos los elementos de nuestro mestizaje.

Ya se sabe que los araucanos fueron aniquilados y, por fin, olvidados o vencidos, y la historia la escriben o los vencedores o los que disfrutaron de la victoria. Pero pocas razas hay sobre la tierra más dignas que la raza araucana.

Alguna vez veremos universidades araucanas, libros impresos en araucano, y nos daremos cuenta de todo lo que hemos perdido en diafanidad, en pureza y en energía volcánica.

Las absurdas pretensiones «racistas» de algunas naciones sudamericanas, productos ellas mismas de múltiples cruzamientos y mestizajes, es una tara de tipo colonial. Quieren montar un tinglado donde unos cuantos snobs, escrupulosamente blancos, o blancuzcos, se presenten en sociedad, gesticulando ante los arios puros o los turistas sofisticados. Por suerte todo eso va quedando atrás y la ONU se está llenando de representantes negros y mongólicos, es decir, el follaje de las razas humanas está mostrando, con la savia de la inteligencia que asciende, todos los colores de sus hojas.

Terminé por fatigarme y un día cualquiera renuncié para siempre a mi puesto de cónsul general.

MAGIA Y MISTERIO

ADEMÁS ME DI CUENTA de que el mundo mexicano, reprimido, violento y nacionalista, envuelto por su cortesía precolombiana, continuaría tal como era sin mi presencia ni mi testimonio.

Cuando decidí regresar a mi país comprendía menos la vida mexicana que cuando llegué a México.

Las artes y las letras se producían en círculos rivales, pero ay de aquel que desde afuera tomara partido en pro o en contra de alguno o de algún grupo: unos y otros le caían encima.

Cuando ya me preparé a partir me hicieron objeto de una manifestación monstruosa: una comida de cerca de tres mil personas, sin contar a centenares que no encontraron sitio. Varios presidentes de la república enviaron su adhesión.

No obstante, México es la piedra de toque de las Américas y no por azar se talló allí el calendario solar de la América antigua, el círculo central de la irradiación, de la sabiduría y del misterio.

Todo podía pasar, todo pasaba. El único diario de la oposición era subvencionado por el gobierno. Era la democracia más dictatorial que pueda concebirse.

Recuerdo un acontecimiento trágico que me conmovió terriblemente. Una huelga se prolongaba en un fábrica sin que se vislumbrara solución. Las mujeres de los huelguistas se reunieron y acordaron visitar al presidente de la república, para contarle tal vez sus privaciones y sus angustias. Por supuesto que no llevaban armas. Por el camino adquirieron algunas flores para obsequiárselas al mandatario o a su señora. Las mujeres iban penetrando a palacio cuando un guardia las detuvo. No podían continuar. El señor presidente no las recibiría. Debían dirigirse al ministerio correspondiente. Además, era preciso que desalojaran el sitio. Era una orden terminante.

Las mujeres alegaron su causa. No ocasionarían la menor molestia. Querían solamente entregar esas flores al presidente y pedirle que solucionara la huelga pronto. Les faltaba alimentación para sus hijos; no podían seguir así. El oficial de la guardia se negó a llevar ningún recado. Las mujeres, por su parte, no se retiraron.

Entonces se oyó una descarga cerrada que provenía de la guardia del palacio. Seis o siete mujeres quedaron muertas en el lugar, y muchas otras heridas.

Al día siguiente se efectuaron los apresurados funerales. Pensaba yo que un inmenso cortejo acompañaría a aquellas urnas de las mujeres asesinadas. No obstante, escasas personas se reunieron. Eso sí, habló el gran líder sindical. Éste era conocido como un eminente revolucionario. Su discurso en el cementerio fue estilísticamente irreprochable. Lo leí completo al día siguiente en los periódicos. No contenía una

sola línea de protesta, no había una palabra de ira, ni ningún requerimiento para que se juzgara a los responsables de un hecho tan atroz. Dos semanas más tarde ya nadie hablaba de la masacre. Y nunca he visto escrito que alguien la recordara después.

El presidente era un emperador azteca, mil veces más intocable que la familia real de Inglaterra. Ningún periódico, ni en broma ni en serio, podía criticar al excelso funcionario sin recibir de inmediato un golpe mortífero.

Lo pintoresco envuelve de tal manera los dramas mexicanos que uno vive pasmado ante la alegoría; una alegoría que se aleja más y más de la palpación intrínseca, del esqueleto sangriento. Los filósofos se han tornado preciosistas, lanzados a disquisiciones existenciales que junto al volcán parecen ridículas. La acción civil es entrecortada y difícil. El sometimiento adopta diversas corrientes que se estratifican alrededor del trono.

Pero todo lo mágico surge y resurge siempre en México. Desde un volcán que le comenzó a nacer a un campesino en su pobre huerto, mientras sembraba frijoles. Hasta la desenfrenada búsqueda del esqueleto de Cortés, que según se dice descansa en México con su yelmo de oro cubriendo secularmente el cráneo del conquistador. Y la no menos intensa persecución de los restos del emperador azteca Cuauhtémoc, perdidos desde hace cuatro siglos, y que de pronto aparecen aquí o allá, custodiados por indios secretos, para volverse a sumergir sin tregua en la noche inexplicable.

México vive en mi vida como una pequeña águila equivocada que cicula en mis venas. Sólo la muerte le doblegará las alas sobre mi corazón de soldado dormido.